

**Apuntes de la Escuela de comunidad con Julián Carrón**  
**Milán, 9 marzo 2011**

*Texto de referencia: L. Giussani, El sentido religioso, Ediciones Encuentro, Madrid 2010, pp. 29-41.*

*Errore di prospettiva*  
*Lela*

*Gloria*

Nos habíamos planteado dos preguntas para el trabajo de estos quince días: ¿cuándo hemos descubierto en nosotros un uso verdadero de la razón (es decir, como conciencia de la realidad según todos los factores)? Y, ¿cuándo hemos percibido la razonabilidad de nuestro obrar? Son preguntas que nos invitan a cada uno de nosotros a sorprender en la experiencia cuándo sucede esto, siguiendo el método que nos ha enseñado don Giussani desde el primer capítulo: que el punto de partida para hacer este camino se llama experiencia.

*Quería decir una cosa justo sobre el método, porque yo acepté hacer la Escuela de comunidad respondiendo en estos quince días a estas preguntas, antes incluso de aclararme las ideas sobre el contenido. ¿Qué ha pasado? Que los dos primeros días ya había respondido, porque decía: «Nunca». Es decir, me ha costado mucho estar delante de esta pregunta. Esto me ha provocado a retomar el contenido del texto. Retomándolos y, sobre todo, leyendo todos los ejemplos sobre la razonabilidad, he comprendido que nunca he entendido que la razonabilidad es una exigencia, y por lo tanto cometía el error de traducir tu pregunta así: ¿cuándo he usado bien la razón? Y por lo tanto estaba atascada, porque obviamente la respuesta era: nunca. ¡En cambio, la razonabilidad es una exigencia! A partir de ahí cambió todo, porque he empezado a buscar cuándo he sentido como una necesidad la totalidad de los factores. Es entonces cuando he empezado a responder, pero a la luz de haber percibido la razonabilidad, por primera vez, no como una necesidad, sino como una exigencia. He descubierto que el conocimiento de una cosa sucede gracias a un encuentro, porque al principio tuve que aceptar no tenerlo todo claro y empezar a responder a esta pregunta.*

Te agradezco que lo cuentes, esto nos introduce en el tipo de trabajo que queremos aprender a hacer, porque tú –y yo lo sé bien– conocías bien la premisa, qué es la razón, qué es la razonabilidad. Pero lo que te provoca a retomar también los contenidos de lo que dice el texto es la percepción de una exigencia. Ya la última vez me sorprendió que muchas veces la dificultad que tenemos a la hora de juzgar es la misma: pensamos que el juicio es algo añadido, algo que se pega a la realidad (y entonces, decir que es necesario juzgar es algo para gente que se complica la vida). Y si una persona sale de aquí con esta convicción, aunque se aprenda “qué es” el juicio, no le sirve para nada. Si un amigo vuestro, una persona querida, o vuestra madre, tuviese síntomas de una enfermedad grave y empezara a hacerse pruebas para ver qué es, ¿os urge el juicio o no? ¿O pensáis que es algo añadido? ¿Que lo importante es seguir adelante y que se puede pasar por encima del juicio? Cuando la vida urge, el juicio es una necesidad, es una urgencia: ¡necesito saber si mi madre tiene un tumor o no! ¡Juzgar es una necesidad! Si no entendemos esto, si no lo percibimos en la experiencia, aunque nos estudiemos de memoria los pasajes del primer capítulo, siempre será algo para los que complican las cosas, y nunca lo sentiremos como algo necesario para la liberación. Esto lo podemos

ver tanto en las grandes cuestiones como en las pequeñas preocupaciones: ¿cuántas veces, durante estos quince días, habéis sentido la urgencia de juzgarlas? Muchas veces las soportamos, están ahí, acechando sobre nosotros, haciendo difícil nuestra vida, y no las miramos a la cara, no las juzgamos, y por eso nunca experimentamos la liberación. Podemos haber leído todo el capítulo de *El sentido religioso*, pero si no sucede esto, no hemos aprendido lo que dice el capítulo. Me ha venido esto a la cabeza mientras le escuchaba hablar, pensando en algunas de las necesidades que me habéis escrito en los correos –me han llegado más de doscientos: esto quiere decir que cuando se nos reclama, nos ponemos a trabajar–. Por ejemplo, muchas personas están preocupadas porque vamos demasiado rápido; es posible, pero justo por esto me interesa que nos demos cuenta de un error: no por repetirnos una y otra vez las definiciones correctas vamos a llegar a usar la razón de una forma verdadera. De hecho, mucha gente se sabe el concepto de razón; estoy seguro de que si preguntase: «¿Qué es la razón, según don Giussani?», todos me diríais: «Conciencia de la realidad según todos los factores». ¿Verdad? Todos. Pero una persona, con este concepto de razón, puede ser aún así un racionalista, es decir, puede usar la razón en función de una medida. Éste es el problema. Por eso en la presentación dijimos que es la contemporaneidad de Cristo lo que permite a la razón abrirse completamente, adquirir una inteligencia de la realidad antes desconocida: cada circunstancia, cada cosa, incluso la más banal, se ve provocada, comprendemos todo su alcance. Pero, ¿quién nos permite usar así la razón? ¿Leer una y otra vez *El sentido religioso*? ¿Es un estudio más profundo lo que nos permite automáticamente hacer experiencia de lo que dice don Gius?

*En cuanto leí la pregunta que nos hiciste hace dos semanas, lo primero que pensé fue que es imposible. Tener conciencia de la realidad según todos sus factores es una utopía. Estaba completamente ofuscado con una imagen que tenía de la razón como medida, es decir, como capacidad de ordenar analíticamente todos los factores descriptivos de lo que sucede delante de mí. Pero lo que me ha liberado de esta imagen han sido dos experiencias en las que me he sorprendido haciendo uso de la razón no según la imagen que tenía, sino según lo que es. La primera experiencia fue la que viví durante el fin de semana de la Asamblea de Responsables de Italia en Pacengo.*

Es el texto de la Página Uno de *Huellas* de marzo: «La evidencia de la experiencia», que os aconsejo que leáis.

*Allí, delante de mí, sucedió un hecho tan fascinante, tan totalizante, tan “para mí”, que lo único que tuve que hacer fue reconocer la Presencia que estaba sucediendo, es decir, reconocer una vez más que Cristo es Memor mei (a pesar de toda mi mezquindad). Y como decías tú en el Palasharp: «En la fe cristiana ya no hay una razón que explica, sino una razón que se abre –percibiendo así realizada por fin su propia dinámica– al mismo desvelarse de Dios». Y delante del hecho de Cristo, esto volvió a suceder de forma evidente, sobre todo cuando dices que la razón se cumple en su dinámica. Por experiencia esto lo vi porque yo coincidía allí conmigo mismo, como deseo de ser feliz, como capacidad de reconocer que Cristo es verdad, es real, ha resucitado, pero no porque lo digamos nosotros, sino porque yo puedo reconocerle en la realidad. Y allí, desde esta experiencia, me di cuenta de que yo estoy hecho para esta pasividad a la hora de reconocerle, porque cuando sucede, te das cuenta de que la razón es esta apertura para reconocerle cuando irrumpe en la vida. La segunda experiencia es ésta. El sábado por la noche estaba cenando con un grupo de universitarios, y en un momento dado uno de ellos me contó que hace un año un amigo suyo había muerto en un accidente de tráfico, y que hace algunos meses otro amigo suyo, que también tenía más o menos mi edad, se había suicidado. Y allí, ¿qué puedes decir delante de un*

*drama como ése? El vértigo era tan grande que por un momento me pareció que no podía decir nada razonable, nada que fuese realmente verdad. Pero de nuevo en ese momento, me sorprendí reconociendo una cosa: que en mí, antes que nada, hay un factor irreductible, que yo soy ahora relación con el Misterio por el hecho de que estoy, de que existo, y porque tengo una exigencia de significado que supera todo lo que está a mi alrededor. Yo soy relación infinita ahora, y este núcleo que hay en mí, de cuya existencia me di cuenta cuando encontré a Cristo hace un año y medio, no puede morir, no puede ser apartado, porque no se puede reducir a este mundo. Y este núcleo que hay en mí, que soy yo, es la verdad de estos dos chicos que han muerto, que no han terminado en la nada. De esto estoy seguro: que ni siquiera la muerte es capaz de romper el nexo que yo vivo con el Misterio. Reconocer esto aquella noche fue para mí usar la razón de una forma verdadera, es decir, reconocer la totalidad del hecho que se me había puesto delante. Realmente, yo no tenía en mis manos sus vidas, ni siquiera sé sus nombres, pero reconocer que habían sido hechos y queridos por Otro fue reconocer la realidad por lo que es. Una última cosa. Para mí éste es otro signo de la pertinencia de la fe a las exigencias de la vida, es decir, que mi razón se mantiene firme sin sucumbir ante el dolor, ante el vértigo frente a un hecho como ése, porque una vez más se había ensanchado gracias a lo que sucedió en el fin de semana, es decir, al hecho de que Cristo se había manifestado en mi vida.*

Gracias. Si miramos estas dos experiencias, ¿qué nos dicen? Que la razón puede ser de verdad ella misma delante de un hecho que la aferra por completo (por eso don Giussani dice que Juan y Andrés son el ejemplo de la inteligencia, de esa razón que se abre, que se cumple) o delante de la muerte, donde apremia de forma radical. Esto no es repetir un concepto de razón, sino ver cómo sucede este concepto de razón del que después don Giussani nos da la definición. Pero, ¿de dónde saca don Giussani la definición del concepto de razón? Y nosotros, ¿de dónde la podemos sacar? Del reconocimiento de la experiencia que hacemos. Es entonces cuando se entiende el contenido del texto, y al leerlo uno dice: «¡Ah! Es esto». El pasaje que intentamos explicar en la presentación (y como todos esperabais que os “explicase” *El sentido religioso*, os quedasteis sorprendidos) no lo hemos asimilado todavía, porque todo lo que nos ha dicho Giussani es que nosotros no somos capaces de despertar en nosotros el sentido religioso, de despertar en nosotros la razón, la exigencia de nuestro “yo” y toda nuestra libertad; y por eso es necesario Cristo, ya que solo Él puede despertar el sentido religioso, educarlo y salvarlo. Por eso la educación en el sentido religioso sucede constantemente en la forma en la que nosotros vivimos la vida; la cuestión es si estamos atentos a lo que sucede, para poder empezar a entender qué es lo que dice Giussani; y podemos ir al texto, volver a leerlo, y entonces cada palabra adquiere una carnalidad. No es diferente este método de lo que hemos dicho con respecto a la Biblia, citando a san Agustín: «En nuestros ojos los hechos, en nuestras manos los códices». El trabajo que os propongo y que propone Giussani es éste; si nos dice que no somos capaces de despertar el sentido religioso en nosotros, nos lo dice por la conciencia que tiene y que le ha permitido escribir *El sentido religioso*: porque le ha sucedido algo que le ha permitido entender. Entonces: en nuestros ojos los hechos. Y con los hechos en los ojos podemos volver a leer el texto, y es entonces cuando lo entendemos –y dejaremos de decir que el texto es complicado, porque es complicado solo para quien le da la vuelta al método–. Que suceda algo que te abra completamente y te deje sin palabras no solo es difícil, sino que es imposible. Sin embargo, cuando sucede es facilísimo, aunque no lo podamos generar nosotros. Y entonces se entiende que el verdadero concepto de razón es la razón que se abre y que entiende que tiene todos los factores como nunca antes había sucedido. Como cuando uno se enamora; no es el análisis de todo (el pelo mejor que la cara, mejor

que la altura), sino la capacidad de acoger la realidad con todos sus factores, de modo que en ese momento asimilas más que nunca, entiendes como nunca lo que tienes delante de ti. En ese momento, la razón se vuelve más razón que nunca. Nunca como en ese momento la razón cumple su naturaleza de razón: conciencia de la realidad según todos los factores. Esta exaltación es posible gracias a la experiencia cristiana, religiosa. Os leo cómo esto, después, se convierte en una tensión a la hora de entrar en todo, por ejemplo en el trabajo: «Querido Julián, quería decirte antes de nada que encuentro que las preguntas que nos pones para señalar un camino son muy útiles. Empiezo desde por la mañana con estas preguntas, con la tensión de ver cómo el Misterio se muestra en la experiencia. Me he dado cuenta de que es el atractivo de Cristo lo que facilita esta apertura, que sin Él sería imposible. Estoy empezando a hacer experiencia de lo que nos recordaste en la presentación de *El sentido religioso*, es decir, que la contemporaneidad de Cristo permite de esta forma que la razón se abra completamente, haciendo incluso que adquiera una inteligencia de la realidad que me era desconocida. Cada cosa, cada circunstancia, incluso la más banal, adquiere importancia, se convierte en signo, habla, es interesante vivirla. Hay muchos hechos pequeños en los que sorprende en mí esta posición de apertura hacia el trabajo, la familia, los amigos. Por ejemplo, el otro día recibí una llamada de un cliente que necesitaba ayuda para una cosa de la que no me ocupó yo, así que le iba a decir que le pasaría la llamada a otro compañero, pero en ese momento me dijo que llevaba veinte minutos llamando y que siempre le contestaban lo mismo; entendí que era una de esas llamadas de la que nadie se quiere ocupar porque son una pesadez, y que se van pasando de un compañero a otro. En ese momento me vino a la mente la experiencia de una amiga mía que me había contado cómo estaba aprendiendo de cada persona aspectos de la empresa donde trabaja, y que esto era posible gracias a una posición de apertura que le permitía acoger cada aspecto con una atención y una inteligencia impensables. En ese momento caí en que ése era un trocito de realidad al que mirar, que conocer y no descartar simplemente porque es una pesadez. Y solo si uno empieza a hacer esto puede experimentar que la vida no es algo que soportar, sino que es una posibilidad de ganar algo, de obtener un interés para uno mismo». Esto puede pasar en el trabajo y también en el estudio.

*Para responder a tus dos preguntas, cuándo hemos sorprendido en nosotros un uso verdadero de la razón y cuándo hemos percibido la razonabilidad de nuestro obrar, quería contar una cosa que me ha pasado. Me gradué hace dos semanas con una tesis sobre Rusia y Clemente Reborá. El objetivo del trabajo era intentar entender qué le podía haber movido a acercarse a la cultura rusa y qué le podía fascinar de la misma. La opinión más común en los pocos escritos que se han hecho sobre esto es que se acercó a Rusia gracias a la relación con una pianista rusa, pero a mí me parecía una explicación insuficiente, que no respondía a las preguntas que tenía sobre el porqué de tanta dedicación por su parte hacia esta cultura y por qué prefería unos autores a otros. Leyendo las cartas de Reborá empecé a formular algunas hipótesis e intuiciones que poco a poco se iban haciendo cada vez más concretas, pero siempre estaba titubeante a la hora de decir la mía, y esperaba encontrar la confirmación de mis hipótesis en algún crítico que fuese más experto que yo, que supiese más de esta materia, y me decía: «Pero, si él, que sabe más, no lo dice, ¿quién soy yo para decirlo?». Incluso delante de los datos evidentes era como si tuviese miedo de expresar mi hipótesis, si ningún experto la había confirmado antes. Fui a hablar con un profesor de mi universidad que ha escrito muchos libros sobre este tema y le expuse mis consideraciones, esperando que me apoyase, pero me respondió que me estaba desviando, que era mejor hacer un trabajo más técnico y que el único y verdadero*

*motivo que tenía para acercarse a Rusia era la mujer de la que se había enamorado. Salí convencida de sus palabras y volví al trabajo intentando demostrar los hechos que ligaban a Rebora con Rusia. Estos hechos eran cada vez más, pero mi pregunta sobre el porqué de su dedicación, para entender qué era lo que encontraba interesante, no se iba; es más, partiendo de un estudio más profundo, se hacía cada vez más fuerte. Así que decidí empezar a considerarla y a intentar responderla seriamente. De esta forma se abrió un campo interesantísimo que me hizo ir al fondo de este estudio y encontrar de verdad al poeta. Al final, me sorprendió cómo delante de una comisión de filólogos que podían criticar muchos aspectos de mi trabajo, ninguno me pudo decir nada, es más, pude decir algo más sobre este estudio. Aunque no sea la máxima experta en Rebora, puedo decir que lo conozco de verdad, que lo poseo de verdad. Durante este trabajo me he preguntado muchas veces qué significaba ser cristianos haciendo una tesis y qué tenía que ver Jesús en todo esto. A menudo he intentado poner una etiqueta y decir: «Jesús», pero no cambiaba nada, además de un entusiasmo sentimental que duraba poco. En cambio, se me hizo evidente que una inteligencia como ésta sobre el estudio no me la doy yo (porque de hecho, veo cómo muchas veces me quedo en la superficie) y tampoco es fruto de un conocimiento total sobre Rebora (porque, como ya he dicho, no soy una experta). Y aún así he visto en mí una razón que ha sido capaz de darse cuenta de todos los factores en juego y que ha permitido que no eliminase las preguntas que tenía delante de lo que estaba estudiando. Me he dado cuenta de que el ciento por uno del que hablamos no es algo abstracto, sino esta forma más verdadera de poseer.*

Aquí tenemos un ejemplo de cómo lo que nos ha sucedido puede hacernos usar la razón de modo que ésta no se entretenga en lo “ya sabido” de los demás, sino que nos permita seguir viviendo la tensión por entrar en la realidad teniendo presente el deseo de tener en cuenta todos los factores, incluso aquéllos que los demás han descartado. Y esto lo podemos hacer con cualquier aspecto de la realidad. Al hilo de esto, os leo lo que ha escrito uno de vosotros: «¿Cuándo hemos sorprendido en nosotros un uso verdadero de la razón? Pienso en todas las veces en que me invade una melancolía llena de tristeza. En esos momentos, la mirada que tengo sobre la realidad de mi persona es tendencialmente pesimista, llena de desilusión. Entonces, ser razonable significa preguntarme: “Pero, ¿acaso soy solo lo que estoy viendo ahora, soy solo el estado de ánimo que me domina?”. La respuesta es: no. No, porque soy un deseo cuya manifestación palpable es ese mismo malestar. Soy una historia que tiene muchos momentos positivos, soy las relaciones a las que puedo mirar, estoy destinado a un bien que ya he empezado a saborear. Ser razonable significa levantar la mirada, no para engañarme, sino para ver aquello que el estado de ánimo ofusca. Entonces me doy cuenta de que en ese momento estoy también verificando la verdad de la fe, porque no tener miedo del deseo infinito es algo que se me enseña continuamente, que se despierta continuamente en mí. La positividad de mi historia como hombre procede por entero del encuentro que he tenido. Mi ya largo camino en el movimiento y los muchos ejemplos que tengo alrededor me testimonian la certeza del destino bueno. Puedo concluir que incluso los momentos de melancolía son una etapa del camino, y entonces me sorprende experimentando lo que me parecería imposible: un atisbo de leticia [podemos empezar a percibir como experiencia este atisbo de leticia si usamos la razón así: no es que haya tenido un “subidón”, sencillamente no se ha quedado bloqueado en un uso de la razón como medida]. Y me sorprende utilizando esta misma forma razonable de mirar en la relación con el que tengo delante [imaginad esto en las relaciones de amistad, imaginadlo entre marido y mujer], que va más allá de la reacción que tiene, del

problema que plantea, del error que comete. No se trata de una actitud de bondad moral, sino un juicio de la razón. Lo mismo sucede en relación con la realidad que me rodea. Me pasa muchas veces que veo cosas que los demás no ven: la puesta del sol, o una señora que tiene problemas para subir al autobús con el cochecito del bebé. Tampoco en este caso se trata de una cuestión moral, sino de una razonabilidad. Entonces todo empieza a tener un peso, una intensidad, una profundidad que hace que las cosas sean distintas». ¿Cómo podemos adquirir cada vez más esta actitud? ¿Qué la hace posible? La hace posible el despertar continuo de la razón a causa de un acontecimiento, que nos educa constantemente para usarla de esta forma, de modo que llegue a ser cada vez más mía, más nuestra. Cuanto más percibimos esto, más volvemos al libro con esto en los ojos, con esta urgencia de comprender cada vez más. ¿Por qué, si no, leemos *El sentido religioso*? Porque ahí se describe qué es la razón, qué es la razonabilidad, qué es la certeza; y ahí podemos hacer la comparación. Y nosotros podemos reconocer de forma no intelectualista el alcance de lo que leemos justamente porque sucede. Entonces la cuestión no es únicamente darnos más tiempo, sino vivir con esta intensidad, porque es ahí donde nosotros aprendemos, no en las definiciones que todos sabríamos repetir casi perfectamente. No llegamos a ser menos racionalistas porque hagamos la crítica de la razón (como demuestra Kant). ¿Quién nos libera del racionalismo? ¿Quién nos educa para vivir la razón según todos sus factores, para conocer la realidad? Es lo que nos decía Giussani: «Esto se produce por un encuentro, por una relación», no por un empeño nuestro o porque leamos continuamente el libro sin más. ¿Por qué? Porque solo si vemos los hechos en el presente, podemos leerlos en toda su profundidad. En mi opinión, esto es decisivo para el camino que estamos haciendo, pues de otro modo perdemos aquello sobre lo que tanto ha insistido Giussani: que el punto de partida es el Acontecimiento como método, y que este Acontecimiento (el encuentro con la contemporaneidad de Cristo) potencia la evidencia elemental, potencia el uso de la razón, potencia el sentido de la realidad, potencia la libertad, potencia todo. Y esto es realmente decisivo porque, en caso contrario, un instante después, mañana mismo, estamos perdidos, esperando que la respuesta venga de un mayor conocimiento intelectual. ¡No! Porque si no usamos la razón de forma sana, no quiere decir que tengamos que ponernos a “aprender” mejor los contenidos del libro, sino que debemos vivir con sencillez el Acontecimiento cristiano que nos permite usar la razón como nos muestra don Gius.

*Quería confrontar contigo una cosa que ha surgido en el trabajo de Escuela de comunidad, y luego quería terminar con una pregunta personal. El hecho que ha desencadenado todo ha sido un encuentro con un colega mío, que me contaba los serios problemas que tenía con un hijo (en mi opinión, un poco agravados tal vez por su posición y la de su mujer): «Mira, hemos consultado muchos especialistas; muchos nos dan definiciones, pero nadie nos dice qué debemos hacer». Ante su angustia, lo primero que pensé fue: «No le faltan motivos», y al mismo tiempo, mientras él me hablaba es como hubiera tratado de abrir todos mis “archivos” para buscar frases que pudiese decirle. La única conclusión a la que llegué es que lo que me ha permitido a mí sostenerme ante el drama de la vida no ha sido tener de vez en cuando instrucciones de uso, sino ese recorrido que tú sigues proponiéndonos incesantemente, es decir, partir de mi humanidad tal como es, y de la realidad como la posibilidad de conocer y verificar la esperanza que he encontrado. Solo a través de este trabajo totalmente personal, en el que nadie me puede sustituir, puedo encontrar de nuevo el único punto que mantiene y cumple la necesidad que mi corazón grita (ya sea en los momentos en los que el drama apremia, o en aquéllos en los que te ves invadida por una alegría*

*profunda que entiendes que no te das a ti misma y que tampoco puedes mantener). Sin embargo, me doy cuenta muchas veces de que en las relaciones, en las conversaciones normales entre nosotros, corremos el riesgo de mirar la realidad de forma engañosa, como si esperaríamos de ella algo resolutivo, es decir, que en el fondo, ese hecho del que hablamos es algo que sucede y nos ordena, y por tanto de alguna forma se produce siempre una gran desilusión. Comprendo que, aunque es verdad que podemos decir con certeza que la realidad es Cristo, que nosotros hemos experimentado una correspondencia que nos permite decir: «¿A dónde iremos lejos de aquí?», esto no nos impide tener que hacer constantemente este recorrido.*

No es que no nos lo ahorre, sino que es la única condición que nos permite hacerlo. ¿Me explico? La mayoría de las personas no lo hacen porque están bloqueadas. A nosotros no se nos ahorra nada, como vemos; y sin la razonabilidad que brota del Acontecimiento nos quedamos bloqueados ante la muerte, nos quedamos paralizados ante las dificultades, nos detenemos ante las circunstancias. ¿Cuál es la diferencia? No radica en que a nosotros se nos ahorre el trabajo de la razón, sino en que nos ha sucedido algo que nos permite, a pesar de todo, hacer un camino. Por una educación y por lo que nos ha sucedido, podemos de verdad vivir como hombres con toda la exigencia de la razón, con todo el recorrido de la libertad, vivir la circunstancia, y no solo sufrirla. Ésta es la verificación de la fe, ¡porque sin Él esto solo podemos soñarlo! No es que, por el hecho de haber encontrado a Cristo, se nos ahorre la vida; no se nos ahorra nada, y no queremos que se nos ahorre nada. Pero podemos mirar la realidad cara a cara, podemos usar la razón, podemos comparar, podemos entrar en la realidad, podemos vivir con intensidad esperando ver cómo se desvelará Él ante nuestros ojos. Sin la experiencia cristiana, como veis a vuestro alrededor, esto es impensable. ¡Si desaparece el cristianismo, desaparece lo humano! Desaparece el uso de la razón, desaparece el uso de la libertad, la comparación, todo. Esta potenciación, este movimiento de lo humano es lo que esperamos de este lugar. Os he dicho muchas veces que estoy agradecido a don Giussani sobre todo por esto: porque me ha permitido hacer un camino humano. No es que no tuviese fe; pero una fe vivida de este modo, como él nos ha testimoniado, es lo que despierta toda nuestra capacidad humana, nuestra razón, nuestro afecto, nuestra libertad, nuestra inteligencia, todo.

*Hasta el punto de que releí todo lo que habías dicho el 26 de enero, y tenía una dimensión completamente distinta.*

Éste es el diálogo que debemos establecer con lo que nos decimos. Al igual que ella lo ha vuelto a leer y lo ha comprendido un poco mejor, también nosotros podemos releer después de nuestro encuentro el capítulo sobre la razón, o leer mañana el que habla sobre la moralidad en el conocimiento. Este diálogo no termina nunca. Y no es que comprendamos más una premisa porque nos entretengamos más con ella. La comprendemos mejor porque viviendo y volviendo a ella, viviendo y volviendo a ella, experimentamos finalmente aquello de lo que estamos hablando.

*Entonces, la pregunta es: ¿por qué me produce siempre un cierto malestar lo que tú siempre nos dices de que no quieres que se te ahorre nada?*

¿Por qué queremos que se nos ahorren las cosas? Porque no sabemos cómo afrontarlas. Pero cuando uno tiene los instrumentos adecuados, entonces desea meter las manos en la masa. Decidme vosotros si no es así...

*A lo mejor no entiendo todavía todo, pero...*

Pero uno que empieza a estudiar así, como hemos escuchado antes a nuestra amiga, ¿quiere que se le ahorre esto? No, sino que eso es lo que le despierta el deseo de estudiar más. ¡Imaginaos si hubiese empezado a estudiar así desde el principio! Habría sido una fiesta, y no un mero soportar el estudio. La vida es así, cada día es así. Ésta es

la promesa. Pero si nosotros no experimentamos que la fe es para esto, ¿qué narices nos importa la fe? Si no es porque despierta todas las capacidades que tenemos –la razón, la libertad, el afecto, toda nuestra persona– y nos permite gozar de la vida, no sé por qué habría de ser razonable.

*Una cosa que sí entiendo es que si está en juego una humanidad así, no me interesa otra cosa.*

Exacto. Por eso, cuando tenemos una humanidad así, no solo no queremos que se nos ahorre nada, sino que queremos entrar así en la realidad.

*Quería contar lo que ha pasado con ocasión de la muerte del padre de mi marido. Para mí ha sido la ocasión de reconocer la evidencia de que es imposible hacer callar al corazón y no juzgar. Mi suegro había tenido un grave accidente hacía dos semanas, fue reanimado, llevado al hospital, y enchufado a montón de aparatos. Cuando llegamos allí, en primer lugar nos sorprendimos tranquilos en medio de la tragedia, y esto era una sorpresa cuando nos mirábamos, y comprendíamos que el origen venía de este trabajo. Era imposible no juzgar, no hacer hablar al corazón, porque hubo una reunión familiar y los médicos nos dijeron de forma cruda: «En una hora deben decidir si lo desconectamos de las máquinas o no», dándonos antes unos criterios pero de forma muy brutal, sin humanidad, por lo que se produjo en toda la familia un rechazo ante esta presión. Se hizo evidente que uno debe entrar dentro de la realidad y comprender las razones de lo que sucede. Yo estaba muy impresionada, porque esta familia es difícil, y al final de esta reunión con los médicos se creó un poco de confusión. Mi marido pidió una sala para reunir a la familia y hablar. Yo le miré y pensé: «¿Qué se le ha pasado por la cabeza? ¿Acaso no sabe cómo es su familia?». Me impresiona mucho ver a mi marido tranquilo en esta situación dramática, y él me dijo que sin la conciencia de la presencia de Cristo, sin la oración y la unidad visible entre nosotros dos para el habría sido imposible hacer esto. Cuando escuché esto me dije a mí misma: «Es porque éstas Tú, la presencia ha pasado a través de su libertad».*

¿Qué has aprendido de esto?

*«¿Qué dices tú, qué juicio das? ¿Por qué?»: íbamos a buscar los apuntes de la Escuela de comunidad, íbamos a leer otra vez, nos preguntábamos...*

¿Lo veis? Cuando la vida apremia de verdad volvemos a lo que nos decimos.

*Exacto, no podíamos apartarnos de aquí. Al final del funeral, nos hicieron pasar a todos los parientes para asperjar el féretro. Cuando llegó mi turno, al mirar la foto que había sobre el féretro salió todo mi dolor: ya no te veré más. En aquel momento intuí qué quiere decir “O Cristo o nada”, y dije: «Gracias, Cristo, que has llegado a hacer esto, a dar la vida por él y por mí, para salvarme en este momento», porque mi corazón puede permanecer abierto ante la muerte incluso con esta herida, solo si sé que Él ha hecho lo que mi corazón desea en el fondo, y pensaba que mantener abierta mi exigencia ante Cristo ha sido como presentir que mi corazón es Él mismo, y por eso no debo temer nada; lloraba, pero estaba contenta. De vuelta a casa, el trabajo continúa. Gracias. Uno esto a lo que dijo don Giussani sobre la Virgen en 1989, en un texto que me ha sugerido uno de vosotros, porque se ve en acto qué quiere decir el uso de la razón; se titula «María: fe y fidelidad», y es la Página Uno del número de *Huellas* de mayo de 2007: «Me gusta ensimismarme con ese momento, cuando el Ángel se fue y no había allí nadie más, y la Virgen estaba sola, una chica de quince años a solas con ese Acontecimiento que todavía no percibía, que no podía notar dentro de sí, pero que sabía: sabía que había sucedido y que se cumpliría. Y pensaría en lo que iban a decir sus padres, en lo que podía pensar José, su prometido, y la gente; sola, ya no había nadie en quien apoyarse. En ese momento alcanzó la cumbre de lo que se llama “fe”: la fe. La*

obra cumbre de la libertad del hombre ante el Infinito es abrirse a la fe. Fe que consiste en ver, en ver el Infinito, ver el Misterio dentro de cosas que son apariencias: aparentemente no había nada, pero ella creyó, ella mantuvo la adhesión a la evidencia de lo que le había sucedido. Ella comprendió que, tras el aparente silencio de las cosas, el gran Misterio por el que la humanidad había sido creada y que todos, especialmente su pueblo, esperaban de diferentes maneras, había sucedido en su interior, y se adhirió a ello. Ella lo comprendió y lo aceptó a pesar de las apariencias. Insisto, la fe es eso, reconocer la gran presencia del Misterio, el Misterio del Padre y el Misterio de Cristo, el Verbo hecho carne, el Misterio de Dios que se hace presente identificándose con la precariedad de la materia. Dentro de su jovencísimo cuerpo, el de una chica tan joven, estaba Dios, y en ese receptáculo tan limitado estaba la luz de Dios, ¡Dios! Ver a Dios dentro de cada cosa, como una perspectiva que se abre dentro de ella, porque todas – especial las que están cerca de nosotros, las que más amamos– son un signo, es decir, nos introducen en la verdad, en la verdadera vida que es Dios, en la verdad que es Dios hecho hombre, porque se encarnó en su seno». Esto es la fe. Solo en la fe se puede vencer la apariencia de las cosas (es decir, un uso de la razón reducida a medida). ¡Ojalá llegue a ser familiar en nosotros este uso de la razón, de modo que la apariencia se transforme en una primera invitación a entrar en el ser y llegar al Tú! Cada uno de nosotros puede mirar a la cara cuántas veces en estos quince días ha utilizado la razón así, mirando la realidad, no imaginándosela, sino entrando dentro de ella. El trabajo que estamos haciendo nos introduce en esto, porque, como habéis visto, una cosa es conocer la definición de razón, y otra cosa es que esto se vuelva familiar en la forma de vivirla. Aquí somos constantemente sostenidos y desafiados por la contemporaneidad de Cristo, que nos arranca de nuestra distracción y nos ayuda. Y entonces podemos comprobar lo que decía don Giussani sobre Juan y Andrés: la razón que finalmente llega a ser ella misma.

Para continuar nuestro trabajo, la próxima vez veremos el capítulo sobre la moralidad en el conocimiento, naturalmente sin olvidar nada de lo que hemos visto hasta ahora. En este capítulo, que es la tercera premisa que introduce don Giussani, entra en juego el conocimiento. Ya lo habíamos dicho en los últimos Ejercicios de la Fraternidad: la libertad siempre se pone en juego en el conocimiento. Por eso dice don Giussani que el corazón del problema del conocimiento humano no radica en una capacidad particular de inteligencia, sino en la actitud justa ante la realidad; esta actitud se llama moralidad, y se puede definir así: el amor a la verdad del objeto que quiero conocer más que a mis opiniones sobre él. Dicho de forma más sintética: amar la verdad más que a uno mismo. Don Giussani resume esto desde el final de la página 53: «“Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos”. Pero, ¿quién es el pobre? Pobre es quien no tiene nada que defender, quien está desapegado de lo que parece tener, de manera que su vida no tiene como finalidad afirmar su propia posesión. La suprema pobreza de espíritu es la pobreza ante la verdad, es aquella actitud que desea la verdad y basta».

Pero como nosotros vivimos en la historia y estamos llenos de prejuicios, llenos de imágenes, cubiertos por una costra, atravesar esta costra supone un trabajo; lo siento, no es inmediato. Siempre me ha impresionado el final de la tercera premisa: «¿Qué es lo que puede persuadirlos de llevar a cabo esta ascesis, este trabajo, este entrenamiento? De hecho el hombre solo se mueve por amor o por afecto. El amor que nos puede persuadir de realizar este trabajo para llegar a adquirir una capacidad habitual de desapego de las propias opiniones y de las propias imágenes (¡no eliminación, sino desapego de ellas!), de tal modo que ponga nuestra energía cognoscitiva a la búsqueda

de la verdad del objeto, cualquiera que sea éste, es *el amor al destino de nosotros mismos*, es el afecto a nuestro *destino*. Es esta conmoción última, esta emoción suprema, lo que persuade e incita a la virtud verdadera». Aquí se plantea el tema del amor a nuestro destino y del amor a nosotros mismos.

Éstas son las preguntas que os sugiero, pues es necesario de nuevo partir de la experiencia: ¿Cuándo nos hemos sorprendido reconociendo el influjo de la moralidad en el conocimiento? ¿Qué pone de manifiesto la dificultad que encontramos en este uso de la moralidad?

La próxima Escuela de comunidad tendrá lugar el miércoles 23 de marzo a las 21.30 horas sobre la «Tercera premisa: influjo de la moralidad en la dinámica del conocimiento».

La Fraternidad nos reclama a tener en cuenta la importancia que la Iglesia ha atribuido siempre a los tiempos litúrgicos, porque la liturgia, con sus ritmos, nos invita a ir al fondo de la experiencia cristiana. Por este motivo, la Fraternidad nos propone un momento de retiro durante la Cuaresma.

El retiro consta de un momento de anuncio del sacerdote, a partir de una ficha preparada por mí para este momento; a continuación, un espacio para el silencio (porque estar delante de una Presencia nos llena de silencio), un momento de asamblea, los avisos y la Misa.

El retiro de Cuaresma, junto al de Adviento y a los Ejercicios, son el modo con el que la Fraternidad acompaña con un gesto comunal no tanto al grupo, sino a la persona, a cada uno de nosotros, para ir hasta el fondo de la verdad de nosotros mismos y para poder descubrir nuestro propio corazón, tal como se nos ha despertado en el encuentro con el carisma. Por eso os insisto: el retiro de Cuaresma es una ocasión privilegiada para mirar a la cara todo aquello que vivimos, y sobre todo a Él.

El jueves 10 de marzo sale el nuevo libro del Papa: *Jesús de Nazaret. Desde la entrada en Jerusalén hasta la resurrección*. El Centro Cultural de Milán organiza la primera presentación pública del libro, el próximo martes 15 de marzo a las 21 horas, en el auditorio situado en Corso San Gottardo, en Milán. Intervendrán Reiner Riesner (exégeta protestante, exponente de la Escuela de Tubinga y amigo del Santo Padre) y don Pino. Para participar en el encuentro es necesario inscribirse on-line o telefónicamente en el mismo Centro Cultural de Milán (para evitar no tener sitio).

Rezamos:

*Veni Sancte Spiritus, veni per Mariam*